

“Te aseguro que no cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces.” (Juan 13, 21-33.36-38)

Durante la última cena, dos de los discípulos protagonizarán un enfrentamiento con Jesús. Los dos le traicionarán. Uno lo haría de forma definitiva y el segundo lloraría su pecado y retomaría su compromiso con el Maestro. Uno es Judas, el otro, Pedro. San Juan en su Evangelio nos cuenta que Jesús estaba *“profundamente conmovido”* y no era para menos. Durante aquella cena desvelaría a Juan el nombre del traidor y pondría a Pedro en su lugar ante sus alardes de valor y fidelidad.

Estamos ante el misterio de la libertad de la persona humana. Dios no presiona, Dios no suple la voluntad de cada ser humano para hacer el bien o el mal, aunque la traición de sus amigos más íntimos le partiera el corazón. Pero Dios les confronta con sus inconsistencias: *“uno de vosotros me va a entregar”*; *¿Con que darás tu vida por mí? ...antes que cante el gallo me habrás negado tres veces.*

Judas no fue capaz de desandar sus opciones, Pedro no comprendió nada hasta que escuchó cantar al gallo en aquella fría noche en la que, acosado por una mujer y por los guardias, negó tres veces a su maestro. Entonces recapacitó, lloró amargamente su debilidad y retomó el liderato de aquel grupo de temerosos amigos que no sabían qué hacer ante la condena y muerte de su maestro.

En nuestra experiencia de discipulado podemos vernos a menudo ante la posibilidad de traicionar nuestras opciones de vida. No solamente ante la posibilidad, sino ante la constatación de vernos por caminos distintos a los prometidos. Entonces nos enfrentamos a las opciones de Judas y de Pedro: desentendernos de nuestra propia conciencia o asumir con dolor nuestras debilidades y reemprender el camino.

Ser discípulos no implica ser indemnes ante el mal, sino tener la capacidad de reconocerlo en nuestras vidas y volver, una y mil veces, a retomar los criterios de vida que nos legó Jesús de Nazaret. Con la certeza de que Dios no se cansa de perdonar...

Esta dinámica, nos pone frente al desafío de la coherencia que se convierte en un principio básico del seguimiento y por lo tanto, del Modelo Hospitalario: *“La coherencia con nuestra identidad (...) constituye un sello característico que acredita la continuidad entre lo que se proclama y lo que se actúa.”* (MII, 50)

